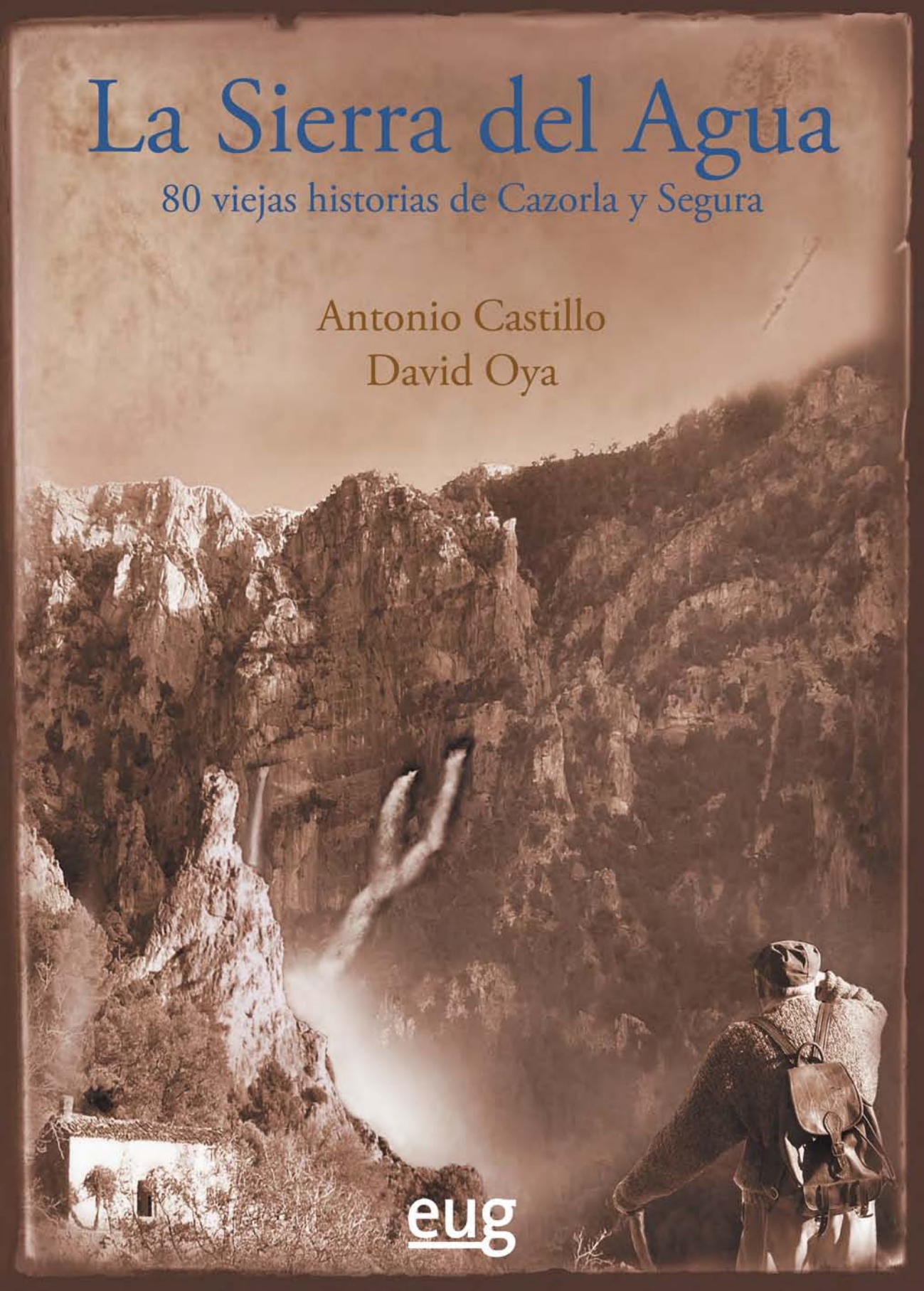


La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2012)

"Despedida: Un mundo que agoniza"

En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.

Editorial Universidad de Granada. 357-361



DESPEDIDA: *Un mundo que agoniza*

Por Antonio Castillo



«Meditación. Repasando su vida en la Sierra». Ruinas del cortijo de las Riberas, en la sierra de las Villas (foto José Gómez, hacia 1980)

EN 1979 MIGUEL DELIBES publicó un pequeño libro de igual título al de este relato. Se trataba de un análisis (casi un lamento), ciertamente apocalíptico y pesimista para la época, sobre la relación entre progreso y Naturaleza. Hemos querido con este último artículo, a modo de epílogo,

rendir homenaje a Delibes, el escritor sencillo («He procurado ser un hombre sencillo que vive sencillamente»), campechano, sensible y humano. Su pluma plasmó magistralmente a las más humildes gentes del campo de su querida Castilla e influyó poderosamente en los sentimientos de toda una sociedad hacia el duro y olvidado mundo rural. Muchos de sus análisis y pronósticos siguen de rigurosa actualidad hoy. Otros son «agua pasada», como su rotundo vaticinio sobre la vida en el campo: «El éxodo rural es un fenómeno universal e irremediable».

Las sierras de Cazorla y Segura no han sido ajenas al devenir «natural» anunciado por el escritor. Que se podría resumir en dos palabras: despoblación y abandono. En ausencia de expropiaciones, ingenieros, pinos o Coto Nacional al final hubiera ocurrido algo parecido (no sé si mejor o peor), emigración y ruina. El «fenómeno», de forma muy similar, se viene produciendo desde hace decenios en todas las sociedades industrializadas («afectadas» por el progreso y el modernismo, en palabras de Delibes). Ahora, eso sí, la Sierra (como otras muchas de España) fue seguramente un caso extraordinario por la velocidad e intensidad de la emigración y el abandono.

Ya sé que quedan reductos de loables nostálgicos que viven en la Sierra y un movimiento naturista que reclama el regreso a la vida de antes. Yo mismo en mis escritos respiro por esos sentimientos de añoranza, avivados por los gratos recuerdos de aquellos ríos salvajes, caudalosos y llenos de truchas de mi juventud. Pero aunque quisiéramos, ya nada sería igual, y una hipotética vuelta atrás es hoy día una utopía, al menos hasta la próxima gran crisis (soy geólogo, lo que me aporta una perspectiva temporal privilegiada, y veo que el clima y la vida, fosilizada en los estratos, se caracteriza por sus continuas «idas y venidas»).

Pero dicho esto, sería una pena que ese mundo serrano que agoniza se dilapidara sin beneficio alguno y cayera en el olvido. Es importante que las nuevas generaciones conozcan como era la Sierra antes (y sus aguas), como eran sus gentes, sus vidas y su cultura. Es mucho lo que tenemos que aprender de autosuficiencias, esfuerzos y privaciones, pero también de la felicidad de las cosas pequeñas, lejos del confort, del estrés

y del desbocado consumismo actual. Y para ello están los libros, éste en su modesta aportación, y otros que con más méritos se han escrito, mucho y bien, en los últimos años sobre las gentes de estas sierras.

Y claro, como se ha tenido oportunidad de ir viendo a lo largo de estas páginas, la despoblación y el abandono tuvieron consecuencias en la Naturaleza, y particularmente en las aguas, que han sido nuestro hilo conductor. Para la ocasión he rescatado una conversación (casi un lamento, como el de Delibes) que tuve hace muchos años con uno de aquellos últimos serranos que aún se resistía a abandonar el que había sido su hogar y su vida en la sierra de las Villas.

Un día de primavera, sobre mediados de los 80, andaba buscando setas de cardo en los ejidos de una vieja cortijada abandonada, lugar apropiado para mis propósitos. Mis círculos cada vez se iban aproximando mas a las ruinas, sin dar con ninguna seta, cosa que me extrañaba tal y cómo había venido el año de aguas. Al dar vistas a una callejuela llena de cascotes, descubrí a un viejo serrano que meditaba ausente sentado en una desvencijada silla. Tras saludarle, le pregunté por la escasez de las setas que iba buscando.

—Mire usted, antes las cogíamos a puñados en este tiempo. Pero desde que nos fuimos del cortijo han venido a menos. Y eso por todos los *cardales* de por aquí. Por estos cerros careábamos ovejas y cabras, así es que yo lo achaco a eso. ¡Que otra cosa va a ser! (exclamación que aprovecha para levantarse de la silla. Quiere hablar).

Pero es que antes todo era diferente. En estos laderones que tenemos a la vista vivían muchas criaturas. Las más pobres en covachas y chozas al repié de aquellos tajos que se ven sobre las olivas. Pero también había cortijadas y aldeas grandes, con su ermita y su miaja de escuela y todo. Que entonces había mucha chiquillería. No como hoy, con la gente viviendo en pueblos y ciudades y sin apenas niños, que además ni saben, ni quieren el campo. Eso sí, ahora todo está lleno de caminos, cercas y chalés, que algunos da cosa verlos de grandes y lujosos que son en mitad de estos cerros.

¡Es curioso! Alrededor del hombre de antaño había un montón de vida. Los gorriones formaban unas algarabías enormes en los tejados, las golondrinas venían a anidar a nuestros porches y los alegres colorines ocupaban las copas de las nogueras. Y en el ruedo de los cortijos siempre los animales y el picoteo de las aves de corral. Entonces casi todo lo que ve estaba de cereal, con sus miajas de huertas y muchos árboles frutales. Eso daba mucha comida al campo. Perdices había a mansalva, que las cogíamos con trampas. Igual que conejos. Desde aquí mismo, de madrugada los veías a racimos corretear por estos laderos.

Y ahora ya ve la vida que queda junto a estas ruinas. Solo miseria, desolación y olvido. Se fue el hombre y se marcharon con él los animales y la alegría; la vida en dos palabras. Sólo hay una excepción. Los marranos jabalíes, que se han adueñado de estos perdidos, hoy convertidos en *brocinales*. Pero hacen mucho destrozo y lo tienen todo levantado, que hasta hurgan en estos cascotes. Las «montesas» igual. Han perdido su salvajismo y te las encuentras por las techumbres y dentro de las casas. Pero no crea usted que estos bichos quieren la soledad del monte. No. Al menor descuido ya los tenemos haciendo daño en las miajas de huertas y vegas que quedan en los pueblos. Siempre detrás del hombre.

Y para que le voy a contar de las aguas. Antes, todas las teníamos arregladas, que daba primor verlas, las fuentes con sus caños cantarines, sus piletas limpias, sus tablas para lavar, sus tornajeras, sus albercas terrizas, sus acequias, sus huertos e incluso sus molinos. Hoy ya ve, las fuentes se han secado porque nadie mira por ellas y el monte se está adueñando de todo, de veredas, roturas y cortijos, que después salta una miaja de fuego y lo corre todo. ¡Que pena Dios mío! (la exclamación le ha salido como un grito del alma, porque me dice que le tiene pavor a los incendios forestales).

Y alrededor del agua siempre estaba la vida del campo. Las culebras, las ranas y los sapos, esos que dicen ahora, cuando ya nos hemos ido, que están en peligro de extinción. Lo mismo con las

abejas, hoy muy escasas, dicen que por enfermedad, y que antes se agolpaban a miles en las orillas de los tornajos. Y todo el *pajare-río* del campo venía al agua. Dígame cuantos pájaros siente usted ahora mismo. ¡Y qué me dice de los cangrejos!, que los cogíamos a espuestas en las tomas y acequias del río; otro animal que se perdió con el modernismo y las enfermedades. Y los barbos, las bogas y las truchas. Es verdad que los peces los pillábamos a todas horas y con artes, que para qué contarle. El río Guadalquivir, ese que pasa por los bajos del cortijo, tenía peces para todos. También es verdad que entonces no se echaban venenos en las huertas y que los ríos venían *hechos unos mulos* de tanto caudal como llevaban, y eso defendía mucho. Tampoco se conocían entonces los sondeos, ni las bombas esas que sacan el agua de los *infiernos*. Ni esos rollos de gomas negras que ahora cogen la poca agüilla que aún nace por estos *montarrales*.

Con la excusa de las setas, he despertado sin querer en el viejo serrano una desbocada retahíla de agravios y nostalgias. Para terciar en su pena, le intento convencer de que cada tiempo tiene sus cosas, buenas y malas, que ahora hay menos penurias y se vive más y mejor que antes.

Con tanta conversación, el sol ha traspuesto por la Lancha del Pueblo y las sombras han echado su capa sobre las ruinas del cortijo de las Riberas. El vigoroso *chac cha lá* de una solitaria codorniz desde los junciales de la antigua fuente del Tío Carlos, por fin el alegre canto de un pájaro, me recuerda que la esperanza es lo último que se debe perder.

*El Chopo del Elicio, El Pozal de la Culebra o Los Almendros de Ponciano
...son, en efecto, un trozo de paisaje y de vida
...el día que pierdan su nombre
...no serán ya más que un chopo, unos almendros
o un pozal reducidos al silencio*

MIGUEL DELIBES, *Un mundo que agoniza*, 1979

